

ENTRE FIERAS Y HOMBRES SALVAJES

Cuando era niño, a David Livingston le gustaba mucho oír historias acerca de Jesús, de cómo iba de un lugar a otro predicando y sanando. Livingston decía: "Eso mismo es lo que voy a hacer; cuando crezca, voy a ser médico misionero".

Creció, se recibió de médico y fue al África. Comenzó su trabajo en una región donde había muchos leones feroces. Los africanos tenían tanto miedo a los leones que era muy difícil para el Dr. Livingston conseguir que fuesen a trabajar regularmente en el campo. Sabiendo que si pudiera matar a un león los otros huirían con miedo, el Dr. Livingston valientemente salió con el fin de matar a uno de aquellos animales tan feroces. Finalmente consiguió matar al león, pero, en la lucha, casi perdió la propia vida. El león destrozó el hueso superior del brazo izquierdo del médico y también dejó, en ese mismo brazo, once marcas de sus peligrosos dientes. Cuando el brazo se sanó, el Dr. Livingston comenzó a construir la casa de la misión y a plantar una huerta.

Los africanos aprendieron a amar al Dr. Livingston. Él era cortés y muy bueno con ellos, y tan divertido que uno de ellos dijo: "El río desde la cabeza hasta los talones".

Tanto con los salvajes como con las fieras, el temerario médico cristiano tuvo muchas aventuras emocionantes. Cierta vez tuvo que pasar una noche en el territorio de un jefe que estaba muy enojado, sabiendo que podían matarlo en cualquier momento. Entonces pensó: "¿Debo intentar escapar, atravesando el río esta noche?"

Tomó la Biblia que siempre llevaba consigo y leyó las siguientes palabras de Jesús: "Por tanto id, y haced discípulos de todas las naciones... he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Al terminar la lectura, dijo: "Esto lo dice el caballero más honrado de este mundo, y basta". Confiando en la palabra de Jesús, como palabra de alguien que jamás falló al cumplir sus promesas, el Dr. Livingston durmió tranquilamente aquella noche.

De mañana, los salvajes armados lo rodearon, pero él sacó el reloj de su bolsillo y, dejándolos escuchar el tic-tac, les explicó cómo las meditas hacían mover las agujas y marcar el tiempo. A continuación, sacó de su bolso una lente de aumento y les mostró cómo los rayos solares eran capaces de quemar al pasar por la lente. En ese momento, los nativos cristianos de la misión habían atravesado el río en una canoa y estaban esperándolo.

Volviéndose a los nativos que querían matarlo, les dijo: "Lo que deseo para ustedes es paz". Y entonces, entrando en la canoa, sus amigos lo llevaron con seguridad al otro lado del río.

En otro de sus viajes en el interior del África, pasó tanto tiempo sin que nadie tuviese noticias de él, que el propietario del periódico New York Herald le dijo a un joven reportero, Henry M. Stanley: "Tome el tiempo que sea necesario, pero encuentre a Livingston". Después de un largo viaje, lleno de dificultades, Stanley encontró a Livingston. Stanley era un joven descuidado, a quien no le importaba nada acerca de Jesús, pero después de pasar cuatro meses con Livingston y ver su maravillosa vida, se transformó en un verdadero y humilde cristiano.

Después que Stanley volvió a Nueva York, Livingston nunca más vio a un hombre blanco. Cierta mañana, sus criados lo encontraron muerto, arrodillado al lado de la cama. Amorosamente retiraron el corazón del Dr. Livingston y lo enterraron en la tierra por la cual había dado la vida. Después, embalsamaron su cuerpo, y sus leales seguidores lo llevaron durante más de mil kilómetros hasta el puerto de mar. Fue entonces embarcado y llevado a Inglaterra. El pueblo inglés lloró al depositar aquel cuerpo en la Abadía de Westminster, donde son sepultados solamente los hombres más honrados de aquella nación.